

SALVADOR RIZO, ARTISTA BOTANICO Y PROCER DE LA INDEPENDENCIA

LORENZO URIBE URIBE, S. I.

de la Academia Colombiana de Ciencias.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada terminó su larga vida de cerca de seis lustros entregando a la patria naciente tres mártires: *Francisco José de Caldas, Salvador Rizo y Jorge Tadeo Lozano*.

Rizo socialmente era de origen humilde. Por sus venas parece que corría alguna sangre africana. Fue excelente pintor botánico y con su superior, el sabio don José Celestino Mutis, el alma de la Expedición a la que sirvió por cerca de veintiséis años. Cuando ya su vida declinaba sentó plaza en los ejércitos libertadores, asistió a varios combates y murió por Colombia en el cadalso. A pesar de todo su vida y su obra han merecido poca atención de nuestros historiadores y su nombre ilustre sólo se ha mencionado acá y allá, por lo general escuetamente¹.

Aprovecho la bondadosa insistencia del Director de la Revista de la Academia de Ciencias para escribir unas breves notas sobre el meritísimo "Mayordomo" de la Expedición, utilizando documentos inéditos coleccionados por el historiador don Guillermo Hernández de Alba quien ha tenido la gentileza —que agradezco cordialmente— de ponerlos a mi disposición².

SALVADOR RIZO BLANCO debió nacer hacia 1760. Era su madre doña María Hipólita Blanco; no conocemos el nombre del padre. Es incierto el lugar de su cuna. Generalmente se ha supuesto que era de Mompós, en el actual Departamento de Bolívar; pero Florentino Vezga que parece estaba bien informado habla de Cartagena³. Al menos es indudable que creció y vivió en la Ciudad Heroica, de donde hizo venir a Fusagasugá en 1797, y más tarde a Santa Fé, a su madre y a una hermana que entró monja en el convento de Santa Inés de Bogotá con el nombre de María Rita de la Encarnación⁴.

Los escritos que se conservan de Rizo permiten adivinar en él una instrucción deficiente y una cultura literaria menos que mediana⁵. En Santa Fe, y probablemente en 1797, casó con Josefa Robledo de la que tuvo familia numerosa, aunque en concreto nada sabemos de sus hijos.

A principios de 1784 vino de Cartagena a Bogotá el Capitán ingeniero don Antonio de Latorre que se ocupaba en el trazado de caminos, y trajo consigo en el cargo de "Delineante" a Salvador Rizo⁶. Por entonces se encontraba en la Capital el sabio Mutis quien, apenas instalada en Mariquita la Expedición Botánica (julio de 1783) había regresado obedeciendo al Arzobispo Virrey que lo llamaba con apremio. Conoció a Rizo, adivinó las excelentes cualidades artísticas del costeño y suplicó al Ingeniero se lo cediera para pintor de su Flora. En abril de ese año, Pascua de Resurrección, pudo presentarse de nuevo en Mariquita llevando consigo al hombre que iba a ser su mejor colaborador hasta la muerte. Además de pintor encontró en él un empleado fiel, honrado, de conducta intachable. Y pudo escribir pronto a Eloy Valenzuela: "Rizo lo hace admirablemente y es un yunque para el trabajo, cuyo ejemplo siguen los demás".

Posición clave para el buen éxito de la Expedición fue la que Mutis denominó "mayordomía": el manejo del dinero, que asqueaba al propio Director, la ordenación de los trabajos, la vigilancia inmediata de los empleados. Rizo había sido nombrado por el Arzobispo-Virrey "primer Pintor de la Expedición"; ahora Mutis lo elegía también como "Mayordomo" perpetuo de su instituto. Fue un trabajo delicado y complejo que años más tarde, en un memorial al Virrey Amar y Borbón, resumió el propio Mayordomo-Pintor con estas palabras: "La percepción de las rentas destinadas en su objeto al gobierno económico y los gastos ordinarios están

¹ Con alguna detención escribió sobre Rizo don Florentino Vezga en su Historia de la Expedición Botánica (1862). Suyos son varios datos de los consignados aquí.

² La colección sobre la Expedición, de Hernández de Alba, está depositada en el Instituto de Cultura Hispánica de Bogotá. A ella me referiré con la sigla: "Fondo G. H. de A."

³ El historiador don Segundo Germán de Ribón me informa que no es posible averiguar una posible partida de bautismo de Rizo en Mompós por haber desaparecido los libros parroquiales anteriores a 1782. Hace también referencia a un artículo del Dr. León Facio Lince, publicado en 1943 en el *Boletín Historial* del Centro de Historia de Santa Cruz de Mompox (hoy Academia de Mompós) en que afirma que Rizo era ciertamente de Mompós, se estableció muy joven en Bogotá y dejó en Mompós dos hermanos, Vicente que pasó después a San Sebastián de Buenavista (pueblo del Departamento de Magdalena, cercano a Mompós) y Claudio que se radicó en Ocaña. Datos un poco extraños cotejándolos con otros ciertos que se exponen en el texto.

⁴ La religiosa María Rita de la Encarnación (Rizo) declaró en 1817 que su hermano Salvador "pagaba en Cartagena la casa en que vivían ella y su madre y la alimentación de ambas, que desde que tuvo uso de razón no conoció otro benefactor". (Fondo G. H. de A.).

⁵ Cambiaba la *r* por *l* o por *d* y la *l* por *r*: albolitos, velbalmente; martratar, última (última); medidiana (meridiana).

⁶ Dato de don Guillermo Hernández de Alba.

a mi cuidado: encargos, viajes, excursiones botánicas, todo pasa por mis manos. (Además) he trabajado en el dibujo y colorido de las láminas de esta Flora que se me han encomendado, y dando la perfección posible a las que se ponen al cuidado de los demás oficiales que vinieron de Quito; comunicando los principios que poseo a los jóvenes que se me han confiado, habiendo a este fin establecido una escuela”.

En la iconografía mutisiana se conservan 140 láminas firmadas por Rizo. Muchas más tuvieron que ser las trabajadas por él, dado el largo tiempo que permaneció en la Expedición y el hecho de que sólo por excepción firmaban sus obras los pintores. Y hay que reconocer que fue un buen pintor botánico, excelente en muchos de sus iconos. Interpretaba con naturalidad el modelo; era fiel en los detalles científicos; seguro y firme en el dibujo. No le sedujo la tendencia de muchos de sus compañeros de estilizar las plantas dándoles cierto tinte heráldico. Habrá algunos que prefieran el opulento modelado de los quiteños; el botánico se quedará con Rizo.

Fue también retratista de no escaso mérito. Suyo puede ser el retrato de Mutis que se conserva en el Observatorio Astronómico de Bogotá. Con seguridad lo es el de Antonio José Cavanilles que existe en el Museo Nacional de Historia: representa al botánico español, en traje de clérigo a la francesa, teniendo delante de sí la planta que había nombrado en honor de Rizo y completando su descripción. Sobre la identidad de ese retrato, por mucho tiempo atribuido a Eloy Valenzuela, es concluyente la frase que escribió Sinforoso Mutis a Cavanilles el 9 de octubre de 1802: “Rizo saluda a Vmd. Por el retrato que Vmd. le remitió ha hecho uno de medio cuerpo en grande”⁷.

En la historia de nuestra cultura artística hay que mencionar con honor la escuela de pintura de la Expedición Botánica, dirigida por Rizo, la primera quizás que existió en Colombia, precursora de nuestras escuelas de Bellas Artes. Comenzó en Mariquita donde poco prosperó. Más tarde en Santa Fe tuvo notable desarrollo, llegó a tener 32 alumnos simultáneos y dio a la Expedición algunos de sus mejores pintores de los últimos años.

Algo rígido debió ser Rizo en el gobierno de sus compañeros. Recientemente forjado para el cumplimiento del deber no transigía con el trabajo a medias. Si él cumplía sin glosa “las órdenes y disposiciones de Mutis”, no había camino distinto para los demás. Ello le trajo malquerencias en el seno de la Expedición. Para animarlo le escribió Bonpland una carta desde Ibagué, a 29 de septiembre de 1801, que al mismo tiempo era muy honrosa para el Mayordomo: “Siga Vd. de cuidar lo de todos sus esfuerzos sin reparar en lo que se dice en el público; así también que se lo he dicho muchas veces se lo repito oy y lo repetiré siempre, todos los hombres de bien que saben cumplir con sus obligaciones con tanta puntualidad tienen siempre enemigos; pero, qué les son estos enemigos? Son todos poco apreciables en la sociedad y se hacen más daño a ellos mismos que a Vd. El señor Barón (Humboldt) como yo lo conocíamos antes de llegar a Santa Fe y aunque teníamos de Vd. muy buena opinión por lo que se nos había dicho, el trato que hemos tenido con Vd. nos ha confirmado en la buena opinión y la ha aumentado”⁸.

José Celestino Mutis murió el 11 de septiembre de 1808, a las 3 de la mañana. Estaban a su lado Rizo, Caldas y el sobrino Sinforoso Mutis. Cuando clareaba, a las 6 de la mañana, se presentó el Secretario del Virreinato, don José Ramón Leiva, encargado por el Virrey Amar y Borbón de todo lo relativo a la Expedición. Rizo que aún permanecía junto al lecho mortuario le hizo entrega de todas las llaves del establecimiento. Acto que debiera haberlo inmunizado contra toda sospecha posterior!

No hizo Mutis personalmente el testamento. Depositó su confianza en Salvador Rizo, celoso guardián de sus bienes y escrupuloso cumplidor de sus deseos. El 1º de julio de 1808 le dio poder judicial para testar en su nombre. Dicho poder y el testamento dictado por Rizo el 17 de noviembre siguiente se conserva en la Notaría 3ª de Bogotá, Protocolo de Instrumentos Públicos de 1808, folios 319 y sigs. Ese acto de ilimitada confianza por parte de su amadísimo jefe fue para Rizo la mejor recompensa de sus largos años de servicio. Pero fue también el comienzo de acusaciones, malquerencias, sospechas y persecuciones declaradas que ensombrecieron el resto de sus días y pesaron como losa sobre su mismo patíbulo. Contra él estuvieron desde entonces la familia de Mutis, explícitamente resentida por la decisión de don José Celestino que había entregado a manos extrañas el acto testamentario, y sus propios compañeros de largos años.

Con la muerte de Mutis empezó a decaer la Expedición. Faltó dirección competente, faltó coordinación de labores. Y sobraron necias emulaciones y desconfianzas mutuas. Sin embargo, Rizo logró conservar por algún tiempo las riendas y pudo dar un informe bastante satisfactorio el 30 de julio de 1809: “desde la muerte del Director hasta ahora se han concluído 231 láminas en colores y en delineaciones negras que imitan el grabado, y se componen las láminas de cada planta de tres, una de colores y dos en negro”.

Los sucesos en Santa Fe del 20 de julio de 1810 y el ambiente revuelto de los meses siguientes impidieron la prosecución de las labores en la Casa de la Botánica. En 18 de diciembre de ese año Rizo envió un Memo-

⁷ No tuvo suerte Rizo con la planta que le dedicó Cavanilles y que tanto le satisfizo. La *Rizoa ovalifolia* de Cavanilles había sido antes conocida y descrita por Ruiz y Pavón con el nombre de *Gardoquia multiflora* (1798). Hoy se la conoce en la ciencia como *Satureia multiflora* (R. & P.) Briq.

⁸ Inst. Cult. Hispánica, Bogotá (fondo G. H. de A.).

rial a la Junta Suprema de Gobierno explicando lo que, a su juicio, debería hacerse con las colecciones, herbarios y láminas que continuaban bajo su vigilancia: guardarlos bien por la dificultad de los tiempos y suspender oficialmente labores. Veía la posibilidad —que fue más tarde realidad— de que esa obra hecha por americanos sobre la naturaleza de América le pudiera ser arrebatada a la Nueva Granada. Su alma de patriota le dictó estas palabras luminosas: a pesar de todo “esta obra no corresponde a otro suelo que al nuestro, lo mismo es hoy que mañana”.

Y llegó para él la separación final. Necesaria pero dolorosa. El ambiente le era definitivamente hostil. Pidió su separación de la Expedición a la Junta de Gobierno: “He continuado hasta ahora en este destino con gran repugnancia mía, porque yo no puedo mirar con indiferencia el desorden que ha recibido la Expedición desde la muerte de su Director hasta esta fecha... (Además) han tratado de apocar mis servicios los mismos empleados; pero yo tengo la satisfacción de que yo he sido para todos y nadie para mí”. Desilusionado se alejó de su hogar espiritual, que había esperado lo fuera hasta su muerte... Era el año de 1812 y él ya había cumplido los cincuenta de su edad.

Acerca de la actitud de Salvador Rizo en los comienzos de la Independencia nada sabemos. Por lo demás su puesto oficial en la Expedición lo sustraía a los acontecimientos políticos. Pero la situación había cambiado y ya ningún compromiso lo ligaba. Después de veintiséis años de trabajo sólo poseía una familia numerosa, su pobreza y su patria. Podía dedicarle a ella el resto de su vida.

Un suceso imprevisto decidió su porvenir. El Presidente del Estado de Cundinamarca don Antonio Nariño engañado por los émulos de Rizo ordenó que su casa fuera escalada y allanada, con el pretexto de buscar los manuscritos de Mutis que le achacaban haberse robado. Nada se encontró. Rizo desilusionado y convencido de que su presencia en la Capital perjudicaba a la tranquilidad de su familia decidió abandonarla. Marchó a las provincias del norte en busca de sosiego y con el ánimo de tomar parte activa en la defensa del nuevo orden.

En 1813 el Presidente y el Congreso de las Provincias Unidas reunieron tropas y recursos que pusieron a órdenes de Bolívar para la defensa de Venezuela. Salvador Rizo senró plaza en el ejército libertador. Fue nombrado Proveedor General del Ejército, bajo la comandancia del entonces Capitán Joaquín Ricaurte. Combatió con valor en varias acciones. El desastre de La Puerta (junio de 1813) obligó la retirada del ejército patriota y paralizó temporalmente la guerra. Según Florentino Vezga fue comisionado Rizo para llevar un pliego dirigido al Congreso reunido en Tunja, solicitando auxilios para continuar la campaña. A esa ciudad llegó en septiembre de 1814. Durante el viaje reanimó el patriotismo de las poblaciones que encontraba y con elocuencia sencilla y convincente levantó la decaída moral de los pueblos.

Cumplida su comisión esperó en Tunja y en diciembre de 1814 entró a Bogotá acompañando a Bolívar. Venía a visitar a su familia y recobrar las fuerzas quebrantadas por la penosa campaña. Pero seguía acechándolo la adversidad. Intempestivamente se presentó el escribano de la ciudad para notificarle el pleito que habían urdido contra él, en su ausencia, los empleados de la Expedición referente a la testamentaria de Mutis y los haberes de la Casa de la Botánica. Rizo se opuso a comparecer en juicio civil, acogiéndose a la excepción legal de ser Capitán activo de la Unión Granadina y no tener permiso para ello ya que sólo gozaba de una corta licencia temporal. Accedió, con el fin de evitar nuevas molestias y poder regresar a Venezuela, a dar una simple declaración jurada sobre varios puntos de la testamentaria.

Pero no dormían sus enemigos. Días después recibió la orden de permanecer en Santa Fe. Reclamó contra una providencia que frustraba su comisión militar y la respuesta fue una orden de captura y su reclusión en un cuartel con centinela de vista y privado de toda comunicación. Lo habían acusado de robo de manuscritos y de dinero de propiedad particular de Mutis. No pudo salir más de Santa Fe y ahí lo atraparon los esbirros de Morillo.

Cuando meses más tarde llegó el Brigadier don José Ramón Leiva le escribió Rizo una larga carta en la que narraba los hechos sucedidos desde el fallecimiento de Mutis. Le recordaba que el mismo Leiva había recibido las llaves de la Expedición tres horas después de fallecido el Director cuando aún todo estaba en su puesto. Suplicaba al Brigadier mirara por su honor de patriota, lo protegiera contra sus injustos enemigos y le permitiera regresar a los campos de batalla para morir por la patria. “Han aguardado —escribía— a que medien seis años de tiempo para desacreditar el honor de un patriota que no desiste en la defensa de América prefiriendo ésta a su propia vida. Ya no hago caso de veintiséis años de servicios ni de la renta que gozaba... ¿Por qué me persiguen?”.

Lo que siguió fue corto. Como muchos otros patriotas, confiando en el indulto de Latorre, permaneció en la ciudad. La llegada de Pablo Morillo fue fatal. Rizo fue apresado en la noche del 22 de mayo de 1816 mientras dormía tranquilamente en su casa. Le dieron por cárcel el Colegio del Rosario lo mismo que a Caldas. En cinco meses de prisión no tuvo siquiera el consuelo de saber que sus antiguos compañeros de la Expedición deponían su malquerencia y acompañaban su sacrificio con la simpatía que él tanto anhelaba. La víspera de su muerte, el 11 de octubre de 1816 rindió esta conmovedora Declaración:

“Que no tiene caudal alguno porque aunque se le ha tenido en el concepto de hombre de caudal no lo ha sido: qe. su mujer lo ha mantenido de su trabajo, qe. en poder de ellas está un estante pa. papeles, unas mesas las que ella dixere, lo mismo que unos quadros qe. el uno de ellos vale cien pesos: qe. en su poder no tiene más que real y medio o dos rs. y unas evillitas de plata qe. en dinero y demás que se le pregunta nada tiene. Que esta es la verdad y firma con el Ofi. de la Guardia por ante mí. En este estado añadió qe. quanto ha adquirido con sus trabajos y destinos lo ha invertido en mantener a su madre y una hermana. Que a nadie debe a excepción de su esposa por la razón expuesta.

José Braulio Molinos — Salvador Rizo — Félix José Lotero.

Certifico: qe. en este estado me entregó Salvor. Rizo las evillas de qe. se hace mérito en su declaración, susplicándome las diese a un su hijo en el caso de qe. como esperaba lo tuviese así a bien el competente tribunal: las cuales exhibió en esta dilig. al Secret^o. de la Rl. Junta de Secuestros para la resolución conveniente. — Latorre.

El 12 de octubre en vista del corto monto de las evillitas se resolvió cumplir con la voluntad de Rizo”⁹.

Salvador Rizo fue fusilado el 12 de octubre de 1816 en la plazuela de San Francisco. Su cadáver está enterrado en la contigua iglesia de la Veracruz. Nunca ha sido identificado.

Es innecesario adjetivar el parte del fusilamiento que dio el general Pablo Morillo. En su “Relación de los principales cabezas de la rebelión de este Nuevo Reino de Granada, que después de formados sus procesos y vistos detenidamente en el Consejo de Guerra permanente, han sufrido por sus delitos la pena capital en la forma que se expresa” se puede leer (segunda Relación)¹⁰:

“En 12 de octubre:

SALVADOR RIZO: Fue proveedor del Ejército rebelde de Ricaurte; vino á esta Capital con Bolívar sirviendo de Capitán, y se distinguió en ella por sus maldades y perversa opinión, persiguiendo a todos los del partido del Rey. Se batió varias veces contra las tropas de S. M.

(al margen) Fue pasado por las armas por la espalda y confiscados sus bienes”.

Los bienes de Rizo fueron confiscados. Su valor apenas llegaba a 929 pesos, incluídas las pocas joyas de su mujer que “fueron avaluadas por el maestro oribe y platero Luis Zapata”. Y como si todo fuera poco al año siguiente, 1817, la “justicia” de Morillo caía aún sobre la esposa de Rizo, Josefa Robledo y sobre su suegra Juana Ignacia Robledo, anciana de 83 años, a quienes se siguió un proceso por “infidencia” y se las redujo a prisión. Por fortuna sus reclamaciones lograron una pronta libertad.

Creo que no se conservan retratos de Rizo. Los suple bastante bien la corta descripción que de él hizo Florentino Vezga: “era alto, sanguíneo, de color moreno, cabello negro y encrespado, ojos pequeños, negros y muy vivos”.

Al pasar por la plazuela de San Francisco en Bogotá he leído muchas veces en los muros de la iglesia de la Veracruz la lápida de mármol que conserva los nombres de los Próceres que allí dieron su sangre por la patria naciente. Casi todos apellidos ilustres. Entre ellos Salvador Rizo, hijo del pueblo humilde, artesano en la antigua y noble significación de la palabra, nombre desconocido para la gran mayoría de las gentes que por curiosidad se detienen.

Para quienes conocemos la obra de la Expedición Botánica y estamos convencidos de que ella ha sido la mejor realización cultural de nuestra patria, SALVADOR RIZO BLANCO es una de las más altas cifras humanas de la historia de Colombia, no sólo por ser Mártir de la Independencia sino también porque, como justicieramente escribió Gabriel Giraldo Jaramillo, “ese milagro artístico que constituye la Flora de Bogotá se debe en gran parte a su buen gusto, al entusiasmo con que emprendió su obra y a las fecundas enseñanzas que de él recibieron los pintores de la Expedición”.

⁹ Inst. Cult. Hispánica, Bogotá (fondo G. H. de A.).

¹⁰ Según la transcripción de J. D. Monsalve en su obra *Antonio de Villavicencio*.